

Amarga cena

La novela William Makepeace Thackeray se erige en un vitriólico retrato de toda una época, la de la burguesía británica decimonónica

MANUEL PECELLÍN

Que una novela con apenas medio centenar de páginas pueda erigirse en un vitriólico retrato de toda una época, la de la burguesía británica decimonónica, sólo estuvo al alcance de plumas muy privilegiadas, como la de William Makepeace Thackeray (Calcuta, 1811-Londres 1863). Aunque nacido en la India, se educó en Londres y Cambridge. Por razones de estudio o trabajo (heredó una gran fortuna), se conoció también Francia y Estados

Unidos, convirtiéndose pronto en un fecundo escritor. Con Charles Dickens, se erigió en la gran dupla del realismo inglés. Tres características fundamentales distinguen sus obras: habilidad en el retrato de los personajes (banqueros, políticos, periodistas, comerciantes, funcionarios, abogados, cocineros, mayordomos, amas de casa, señoritas, canosas abuelas, etc.); brillantez en la composición de los argumentos y un humor corrosivo (quizás hoy más próximo a la ironía que a la risa).

Así se percibe en este relato corto, excelentemente traducido por Ángeles de los Santos y editado en Periférica, que ya publicase (2014) otro texto de Thackeray, La historia de Samuel Titmarsh y el gran diamante Hoggarty. Las dos novelas más prestigiosas del autor son La feria de las vanidades (libro por entregas protagonizada por Becky

Sharp, una arribista sin escrúpulos) y Barry Lyndon (historia de un granjero irlandés, llevada al cine por Stanley Kubrick).

Berlanga o Buñuel habrían sido idóneos para hacerlo con Una cena en casa de los Timmins. Los comensales convocados por la señora Timmins en su casa de Lilliput Street, callejita próxima Hyde Park, habría permitido grandes juegos a los dos directores españoles. Patrienta del conde Bungay, esposa de un abogado complaciente, mujer bastante simple, la dama se empeñó en organizar una comida donde lucir que también su familia merece figurar entre el encopetado señorío de la alta burguesía londinense. Ningún sacrificio le parecerá poco para lograr el éxito. Sólo que no ha tenido en cuenta las pocas posibilidades, ni siquiera las económicas, que en verdad le asisten para quedar bien ante tan ácidos

invitados, una veintena (en el salón sólo caben cómodamente diez) de supuestos «amigos», que despellarán a los Timmins sin piedad alguna. Servicios, cocineros y maître contratados en búsqueda de mayor lucidez, contribuirán bien poco al lucimiento proyectado. Para colmo, un cúmulo de azares convergen en arruinar la velada (incluso la lámpara del comedor se vino abajo)... y la propia economía familiar. El lector lo intuye desde las primeras páginas y asiste desolado al desarrollo de los acontecimientos, por otra parte previsibles, con más compasión que risas ante tamaña desmesura.

Enorme sátira de la sociedad capitalista (Inglaterra fue la cuna), la obra no ha perdido vigencia, seguramente porque en el Occidente rico (quizás no tanto como nos creemos sus privilegiados detentadores), las figuras de mister y lady



UNA CENA EN CASA DE LOS TIMMINS

Autor: William Makepeace Thackeray.
Editorial: Periférica. Cáceres, 2016.
64 páginas. Precio: 11 euros

Timmins, en lugar de desaparecer, se han multiplicado por todas partes. Puede que incluso nosotros mismos los encarnemos total o parcialmente. Tampoco resulta difícil localizar paradigmas de sus sardónicos invitados. La novela retrata un mundo todavía, por desgracia, bien vigente. Es lo que consiguen los grandes de la literatura: hacer que sus escritos se conviertan en ucrónicos y atraigan de la misma forma a hombres y mujeres de cualquier época. Esa es la virtud de los clásicos.

la jet de papel

Claudio Magris
Escritor

El Premio Franz Kafka, que otorga cada año el ayuntamiento de Praga y la Sociedad Franz Kafka, es uno de los galardones literarios más prestigiosos del mundo. Fundado en 2001, alcanzó fama en 2004 y 2005 por haberse concedido a dos escritores, Harold Pinter y Elfriede Jelinek, que en los años siguientes



obtuvieron el Nobel. Este año, el Franz Kafka ha recaído en el escritor italiano Claudio Magris (Trieste 1939), cuya obra ejemplifica, según las bases del premio, «la contribución a la tolerancia cultural, nacional, lingüística y religiosa y su capacidad para recoger un testimonio sobre nuestro tiempo.» El autor de 'Danubio' (Anagrama) obtuvo el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 2004.

Dan Brown
Escritor

El autor de 'El Código Da Vinci' ha donado 300.000 euros a la Biblioteca Philosophica Hermetica de Ámsterdam para ayudar a la digitalización de su fondo, compuesto por 4.600 manuscritos impresos antes de 1.900 y unos 20.000 posteriores, muchos de ellos valiosas obras sobre la alquimia y el misticis-



mo. Dan Brown ha dicho que visitó la biblioteca en varias ocasiones para hallar datos e inspiración para su libro 'El símbolo perdido' e 'Inferno' y que con su donativo pretende ayudar a que todos esos textos de difícil acceso hasta ahora se encuentren colgados en la red y accesibles para todo el mundo. Esther Ritman, directora de la biblioteca, ha afirmado que el objetivo se verá cumplido en la próxima primavera.

¡Oh tempora!

La evocación muestra la satisfacción de haber vivido plenamente ese tiempo de la juventud, salvado, como siempre, únicamente por la literatura que todo lo sostiene

ENRIQUE GARCÍA FUENTES

Los más a menudo se habrán dado cuenta de que firma reseñas casi siempre breves, pero siempre acertadas de obras de contenido variopinto, pero que terminan por acercarse al territorio que él domina: la memoria, la intimidad, la levedad de las cosas que sólo los recuerdos terminan por poner en su sitio. Estoy hablando del mallorquín José Carlos Llop, quien, por encima de esta parcela reseñista, es narrador notable y poeta de fuste. Y esta Reyes de Alejandría, de tan «cavafiano» título es su última entrega.

«Fue bonito y creo que estuve allí», dice, más o menos, una de las citas (del cantante Jaume Sisa) que

orla la novela —porque así insiste el autor en que se considere, aunque sea claramente un texto fronterizo, gloriosamente híbrido entre libro de memorias, narración poética o cualquier género que no termine de consolidarse del todo—; y como tal, y porque, desde que empieza se acumulan nombres de cantantes y grupos musicales que forman parte de mi educación y que adquieren importante protagonismo en sus páginas, me sumergí en ella. Y eso que yo no soy —por edad, Llop es del 56— un miembro de su generación, pero a muchos de estos nombres y canciones llegué ligeramente un poco más tarde y no me pesa confesar, ni asumir como mías, estas palabras del texto: «Yo no escuchaba música; yo era la música que escuchaba»; y lo mismo que el narrador protagonista en su momento (quizás ahora ya no) pude decir también: «Se vivía dentro de la música porque no se quería vivir fuera». Hoy ya no, claro. Mi tiempo, como el de los seres que pululan por la narración, ha pasado ya, evidentemente; pero, amigos, la música y, sobre todo, la nos-



REYES DE ALEJANDRÍA

Autor: José Carlos Llop. Editorial: Alfaguara. Madrid, 2016. 184 páginas. Precio: 17,90 euros

talgía de la música, es un lenitivo (o veneno) potentísimo, quizá el único que nos permite afrontar con entereza la terrible constatación de que nuestro tiempo ha pasado, nuestras oportunidades no volverán a ser las mismas y sólo nos queda el consuelo (no sé si cierto) de que, realmente, no queremos volver a vivir todo aquello. Pero qué satisfacción encontrar que para alguien fueron, como para ti, tan importantes gentes como Dylan (aunque para mí no tanto, después de su concierto en Mérida) Traffic, Creedence Clearwater Revival, Pink Floyd, Lou Reed, Leonard Cohen, Kevin Ayers, Van Morrison, Crosby, Stills, Nash & Young, King Crimson, James Taylor (y Carly Simon), o hispanos como Serrat, Sisa, Pau Riba, la Orquesta Plateria y La Unión, ya en los ochenta. Y, acom-

pañándolo también, y nutriendo todo, la literatura que se llevaba en aquel momento rupturista de los primeros setenta: Ezra Pound, T. S. Eliot, Kavafis, Duras, Modiano (entonces joven y hoy tan identificable con el propio Llop), Rilke, Hesse y la pronta consolidación de jóvenes poetas españoles impresionables hoy como Leopoldo María Panero. Y una curiosa mención a los trágicos finales de algunos de los intelectuales que alimentaron la generación: Barthes, Althusser, Lacan o Deleuze; por algo será.

Un entramado cultural sólido (que a unos puede entusiasmar y a otros terminar cansando, justo es reconocerlo) que cimenta una rememoración. No más que ese parece ser el objetivo: «Este libro trata de un viaje en el tiempo. (...) trata, pues, de nosotros y ha de contar quiénes éramos (...) quiénes dejamos de ser». El narrador protagonista se encuentra en París, en una cronología no del todo explícita pero, evidentemente, lejána de los momentos narrados. Dos ciudades se erigen en epicentros de la «acción» (si así puede denominarse a lo que, con más propiedad, hay que llamar continuamente «rememoración»); por un lado, la Palma de Mallorca de comienzos de los años 70, con su contraste entre el cosmopolitismo que traen los «hippies» (y la armada

estadounidense allí destacada) y la rancia población autóctona; y, por otro, la Barcelona de los durísimos tiempos del tardofranquismo más agresivo (la ejecución de Puig Antich), la muerte del dictador y los tambaleantes inicios de una incipiente vía hacia la democracia (los sucesos de Montejurra, por ejemplo, o los secuestros de Oriol y Villacusa). Remembranza de un tiempo en que uniformes militares y sotanas convivan a la fuerza con las camisas de flores, el pelo largo y las sandalias de cuero; una búsqueda de la libertad que saltaba por encima del compromiso político (no perderse las críticas a la postura totalitaria, en cuanto a lo cultural, del Partido Comunista) y una entretendida evocación de algardas y revueltas, amor libre (quizá no tanto), drogas blandas (las duras terminaron con todo), vida universitaria, bares, modas y vestimentas... Eso sí, sin que llegue a plantearse un ajuste de cuentas ni llegue a idealizarse ese pasado. De un modo desvaído (como en Modiano, si no lo digo, reventío) la evocación parece insistir en mostrarnos, por encima de todo, la satisfacción de haber vivido plenamente ese tiempo, ya irrecuperable, de la juventud, salvado, como siempre, únicamente por la literatura que todo lo sostiene.